

CAUDETE 2018 SEMANA DEL LIBRO



Ilustraciones de Elena Lillo Albarinos, Lucía Palom Villaverde y Gemma López Vila

XXII CERTAMEN LITERARIO EVARISTO BAÑÓN

Biblioteca Pública Municipal
Ana María Matute



M.I. Ayuntamiento
de Caudete



DIPUTACIÓN DE ALBACETE

ORGANIZA:
Concejalía de Cultura

COLABORAN:
Concejalías de Juventud y Educación
Diputación de Albacete
Colegio Público "Alcázar y Serrano"
Colegio Público "El Paseo"
Colegio Público "Gloria Fuertes"
Colegio "Amor de Dios"
I.E.S. "Pintor Rafael Requena"
A.M.P.A.S.

Abierto el plazo hasta el jueves 12 de
abril en la Biblioteca Pública Municipal
Ana María Matute.
Calle Las Eras, 33, Caudete. CP 02660
Albacete. 965828131- bibliotecapcau-
dete.org

Más información en www.caudete.es

XXII CERTAMEN LITERARIO 2018 "EVARISTO BAÑÓN"
Biblioteca Pública Municipal "Ana María Matute"



M.I. Ayuntamiento
de Caudete



Foto de los premiados durante el acto de entrega de premios en el Auditorio Municipal celebrado el 20 de abril de 2018.

Premiados:

CATEGORÍA A: Alumnos/as de 1º y 2º de Primaria con edades comprendidas entre los 6 y 7 años aproximadamente.

Primer Premio Narrativa: “La primera de la clase” de Estefania Hernández Rodríguez.

Segundo Premio Narrativa: “El lagarto sin amigos” de Mar Lozano López.

Premio Poesía: “Las flores” de Lucía Palmí Villaescusa.

CATEGORÍA B: Alumnos/as de 3º y 4º de Primaria con edades comprendidas entre los 8 y 9 años aproximadamente.

Primer Premio Narrativa: “Mil historias para recordar” de Ángel Torres Ayuso.

Segundo Premio Narrativa: “Mundo fantástico” de Esther Briones Núñez.

Mención Especial Poesía: “Respetar el medio ambiente” de José Antonio Sánchez Martínez.

CATEGORÍA C: Alumnos/as de 5º y 6º de Primaria con edades comprendidas entre los 10 y 11 años aproximadamente.

Primer Premio Narrativa: “La historia de un pequeño hámster” de Bárbara Calero Paramonova.

Segundo Premio Narrativa: “Destino Marte” de Óscar Marco Albertos.

Premio Poesía: “El castillo de papel” de Patricia Sánchez Verdú.

CATEGORÍA CLASE:

Premio Clase: “Una pizca de maldad” de la Clase de 6º A del CEIP Alcázar y Serrano.

Tutora, Teresa Sánchez Arnedo.

CATEGORÍA D: Alumnos/as de 1º y 2º de E.S.O. con edades comprendidas entre los 12 y 13 años aproximadamente.

Primer Premio Narrativa: “La llorona” de Ana Esteve Torres.

Segundo Premio Narrativa: “Una carta sin destinatario” de Inés Lillo Manchón.

Premio Poesía: “Mi mundo” de Ángel Carrión Serrano.

CATEGORÍA E: Alumnos/as de 3º y 4º de E.S.O. con edades comprendidas entre los 14 y 15 años aproximadamente.

Primer Premio Narrativa: “Invisibles” de Carla López de Zamora Pagán.

Segundo Premio Narrativa: “Una prodigiosa invención” de Francisco Javier López Villanueva.

Premio Poesía: “Dícese” de Carlos Díaz Calatayud.

CATEGORÍA ESPECIAL: Resto de la población.

Premio Narrativa: “Un día en Benarés” de Juan Tecles Sánchez.

Premio Poesía: “La penúltima estación” de Valentín García Valledor.

CATEGORÍA A

Primer Premio Narrativa

Título: La primera de la clase

Autora: Estefania Hernández Rodríguez

Érase una una vez una niña que se llamaba Ana. Es muy lista porque leé mucho, escribe mucho y estudia mucho. Cuando hay un examen en el colegio, en casa se pone a estudiar. Cuando hay un concurso de leer, Ana se pone a leer, pero la razón por la que hace eso es porque quiere ser la primera de la clase. Si no fuera por esa razón, no lo haría.

Un día, la profesora de Ana le dijo:

- no es necesario ser la primera de la clase,

-pero si soy la primera de la clase, mis padres me regalaran una bicicleta de montaña -, dijo Ana.

Cuando llegó a casa, le dijo a su madre:

-la profesora dice que no es necesario ser la primera de la clase.

A finales de curso, la profesora nombra a la niña que ha trabajado y ha sido la primera de la clase y es Ana.

Cuando Ana llegó a casa, le contó toda la historia. Al otro día, cuando Ana se levantó, encontró un regalo, era la bicicleta que su madre le había prometido. En el colegio estaba muy contenta con la bicicleta, no dejaba de pensar en ella. En el patio, la madre de Ana se asomó y le dijo:

- cuando salga del colegio, te traeré la bicicleta.

Al final del cole, Ana vio a su madre con la bicicleta, corrió hacia su madre, le dio la mochila, la chaqueta y se montó en la bicicleta. Fue la niña más feliz. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

CATEGORÍA A

Segundo Premio Narrativa

Título: El lagarto sin amigos

Autora: Mar Lozano López

Había una vez, un lagarto sin amigos, y cuando los demás lagartos corrían, él decía; yo no, que me canso. Y siempre hacía lo mismo. Cuando se dio cuenta que se estaba quedando sin amigos dijo, - me da igual que me canse.

Los lagartos se alegraron de jugar con él. Jugaron al escondite y él ganaba todo el rato, también ya ayudaba a su madre.

Un día muy soleado, el lagarto se estaba paseando, y se encontró con una lagarta. Los dos a la vez dijeron, - ¿quién eres? La lagarta se enamoró y él. Organizaron su boda, comieron muchas moscas e invitaron a su familia y amigos. Luego se fueron a dormir.

Dos años después, tuvieron un lagarto, y los tres vivieron felices y el lagarto también jugaba muy bien. Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

CATEGORÍA A

Premio Poesía

Título: Las flores

Autora: Lucía Palmí Villaescusa

Las flores son bonitas
cuando llega la primavera
y todas las flores florecen
unas son amarillas
otras son rosas
y otras son moradas
y otras son blancas y rosas
y así son las flores
cuando llega la primavera.

CATEGORÍA B

Primer Premio Narrativa

Título: Mil historias para recordar

Autor: Ángel Torres

Cuando era pequeño, no es que recuerde mucho, pero si creo haber sido feliz. Recuerdo algunos momentos malos de mis padres, más tarde supe el motivo. Mi padre tuvo una enfermedad y a su vez la crisis nos golpeó de lleno. Pero no sé porque, solo recuerdo ser feliz.

Durante estos años difíciles, mi madre me recordaba lo importante que era tener algo en el plato para comer y aunque no tuviéramos calefacción, poder seguir viviendo debajo de un techo. Pero yo solo sé que en mi historia continuo siendo feliz. Quiero recordar mis historias más que veo cada día en las noticias y que comento con mis padres. Miles de refugiados sin hogar ni comida. Niños, mujeres y hombres que mueren en el mar buscando una vida tranquila que la guerra les ha robado. Violación de derechos en otros países, muros que levantan personas separando a las personas. Miles y miles de historias que debemos recordar, porque si las olvidamos, no las podremos cambiar.

CATEGORÍA B

Segundo Premio Narrativa

Título: Mundo fantástico

Autora: Esther Briones Núñez

Érase una vez una niña muy imaginativa que creaba un montón de cosas. Con una pelusa hacía un perrito, con un trozo de tela una marioneta, con un libro viejo una casa para muñecas... Cuando comía sopa de letras, creaba palabras como su nombre, Esther, el de su padre, José, el de su madre, Conchi, el de su hermano, José, y el de su perro, Rufus.

Sus padres le decían que tenía mucha imaginación. Cuando dormía soñaba que volaba en un águila real con patas de lagarto, pico de pato, cabeza de dragón. Una noche se despertó porque oyó un extraño ruido en el salón de su casa. Cuando se presentó allí, vio un portal que llevaba a un mundo fantástico, que a ella le encantaría.

Esther se metió en el portal y vivió un trayecto muy raro, pero a la vez muy divertido. Llegó al mundo y a ella le sorprendía porque las flores tenían los tallos de patas de pollo, las personas tenían las cabezas triangulares y los vehículos eran ojos. La niña estaba asombrada y sus padres muy preocupados. Esa ciudad se llamaba Fantasía. Una familia la acogió, pero a Esther le daba un poco de mal rollo. Se fue acostumbrando y cada día vivía una aventura. Se tiraba por toboganes de lenguas, se columpiaba en columpios de dientes, jugaba con balones de flores. Otra noche, se encontró con el mismo portal que llevaba a su casa y decidió volver con su familia. Cuando sus padres la vieron, su cuerpo se llenó de alegría. Esther les contó las aventuras que había vivido, entonces ella y su familia vivieron felices y comieron perdices.

CATEGORÍA B

Premio Poesía

Título: Respeta el medio ambiente

Autor: José Antonio Sánchez Martínez

La naturaleza sufriendo estábamos
y los animales se extinguen ya,
lleva cuidado a la hora de algo tirar
el medio ambiente no ensucies más
a todos nos pertenece si lo sabes apreciar
¡Escucha su llanto, escucho su lloro!
Ayúdame a que la naturaleza se pueda librar,
ahora la vemos, mañana no, cuidala que se va a acabar
librate de las fabricas y residuos catastróficos
pon a la gente un poco de conciencia
en sus grandes, pero pequeñas cabezas
así que animate y la regla de las tres “r” ponte a usar
ya que mi lema es: ¡recicla, ponte a ayudar!

CATEGORÍA C

Primer Premio Narrativa

Título: La historia de un pequeño hámster

Autora: Bárbara Calero Paramonova

Había una vez, un pequeño hámster. Vivía en una tienda de mascotas, en una jaula junto con otros hámsters. No tenía nombre porque todavía no tenía dueño. Al hámster le daban poca comida, por eso estaba bastante delgado. Casi nunca le daban fruta, y cuando lo hacían, los demás hámsters se la quitaban y empezaban a pelearse por aquel pequeño trozo. Aunque en la jaula había muchos hámsters, él se sentía muy solo. Sus compañeros de jaula no eran sus amigos y se peleaba a menudo. Antes tenía un amigo hámster con el que se imaginaba que habría fuera de la tienda, pero lo compraron. Ahora lo echaba mucho de menos.

En la tienda también había varios pájaros, algunos de ellos eran loros, pero al hámster no le caían bien los loros, estaban todo el día repitiendo lo que decían las personas, y era bastante molesto.

Lo que más deseaba era que lo comprarán para poder salir de una vez de aquella tienda. Esperó y esperó, pero el momento no llegaba. La jaula estaba cerca de la ventana, por lo que podía ver como pasaban los coches, las personas paseaban y los pájaros volaban alegremente.

Un día, una bonita paloma se asomó a la ventana, el hámster se asustó un poco, ya que era la primera vez que veía a una paloma tan cerca, pero ella le dijo, - no te preocupes, no voy a hacerte daño, ni siquiera puedo entrar en esta tienda. Es que nunca he visto un animal tan raro como tú, y eso que he viajado mucho. ¿Qué eres exactamente?

Él le respondió, - soy un hámster, y supongo que tú eres una paloma, ¿adónde has viajado?

La paloma le contó que había volado hasta países llamados Francia, Rusia, China, Inglaterra... A él esos nombres no le sonaban a nada. También le contó en que maravillosos lugares había estado. El hámster se quedó fascinado, y le pidió a la paloma que viniese otros días y le siguiese contando cosas sobre sus viajes.

La paloma empezó a venir todos los días y mientras los demás hámsters dormían, él la escuchaba. Después de haberla escuchado tanto tiempo, él mismo empezó a querer salir de la jaula y ser libre. Así que él y la paloma empezaron a pensar un plan.

Por la noche, la paloma se coló en la tienda y le abrió la jaula. Cuando el hámster salió de la tienda se quedó asombrado. Todo era mucho más grande de como le había parecido desde la ventana. Se sintió diminuto e insignificante. Al verlo así, la paloma le propuso que se montará en ella. Al principio sintió un poco de vértigo, pero luego se acostumbró. Cuando miro hacia abajo, le pareció que ahora eran las casas y las personas las que eran diminutas y no él.

Volar encima de su amiga le parecía asombroso. Después volvieron a bajar a la calle. Se pasaron la noche viendo los escaparates de las tiendas, subiendo a los árboles e incluso encontraron algunas pipas por el suelo que el hámster comió encantado y con gran placer.

Por el día, después de una noche que había sido muy divertida, la paloma le dijo que tenía que encontrar dueños, y le aseguró que así sería más feliz. Le dijo que conocía a una niña muy simpática que seguro que le cuidaría. Al principio, el hámster no quiso renunciar a su libertad, pero luego si dio cuenta de que la paloma tenía razón.

Su nueva dueña le cuidó muy bien, y le daban muchas pipas y frutas. Por lo que se hizo un poco más gordito y todas las semanas le llevaban con ella al parque para que hablase con su amiga paloma, a la que estaba muy agradecido.

CATEGORÍA C

Segundo Premio Narrativa

Título: Destino Marte

Autor: Óscar Marco Albertos

Soy Lucas. Estoy en un cohete camino a Marte, no sé ni como he llegado hasta aquí, ni lo que me espera allí.

Todo empezó una mañana al despertar. Todo estaba diferente a mi alrededor, mi familia había desaparecido y estaba rodeado de robots que estaban a mi servicio. Hacían todo lo que quería y necesitaba, era divertido. Pasaron las horas y echaba de menos a mi familia, ¿dónde estaban? Observé a los robots, cada uno llevaba un objeto de cada miembro de mi familia. Uno llevaba sandalias con calcetines como mi tío Luis. Otro llevaba una corbata con lunares como la que le regalé a mi padre el día de su santo. Otro llevaba un lazo fucsia en la cabeza como el de mi hermana Ana. Me quedé sorprendido. Salí a la calle para ver si encontraba a alguien, todo era diferente, no había ni coches, ni animales, ni personas, solamente robots.

No entendía lo que pasaba. Fui a la biblioteca para ver si encontraba información. Allí todo eran hologramas de información sobre todo lo que querías. Después de un rato buscando, vi que estaba en el año 4500, que el mundo se había ido degenerando por el cambio climático y la humanidad había ido desapareciendo por culpa de las guerras.

En un holograma salía donde había ido toda la humanidad superviviente por el mal causado por ella misma. Por eso ahora estoy en un cohete camino a Marte.

En el viaje me desmayé y cuando desperté, me di cuenta de que todo había sido un sueño. De todo esto he aprendido que si no cuidamos el planeta y no evitamos futuras guerras, el mundo puede llegar a desaparecer.

CATEGORÍA C

Premio Poesía

Título: El castillo de papel

Autora: Patricia Sánchez Verdú

Esta historia es
de lo que me contaron
una vez:
Un castillo,
de papel.

Con una reina
sin corona
y en vez de princesas
unas leonas.

Con un rey,
que en vez de cetro
tenía una rama
de abeto.

Y en vez de un
príncipe queriendo luchar
tenía un pez
aprendiendo a nadar.

Cuando al castillo
yo entré,
solo vi conejos
saltando por doquier.
Hadas volando
de aquí para allá,
y sastres tejiendo
sin antes hilar.

Pero lo más extraño
fue lo que vi
en el jardín,
al amanecer
la Luna salir.

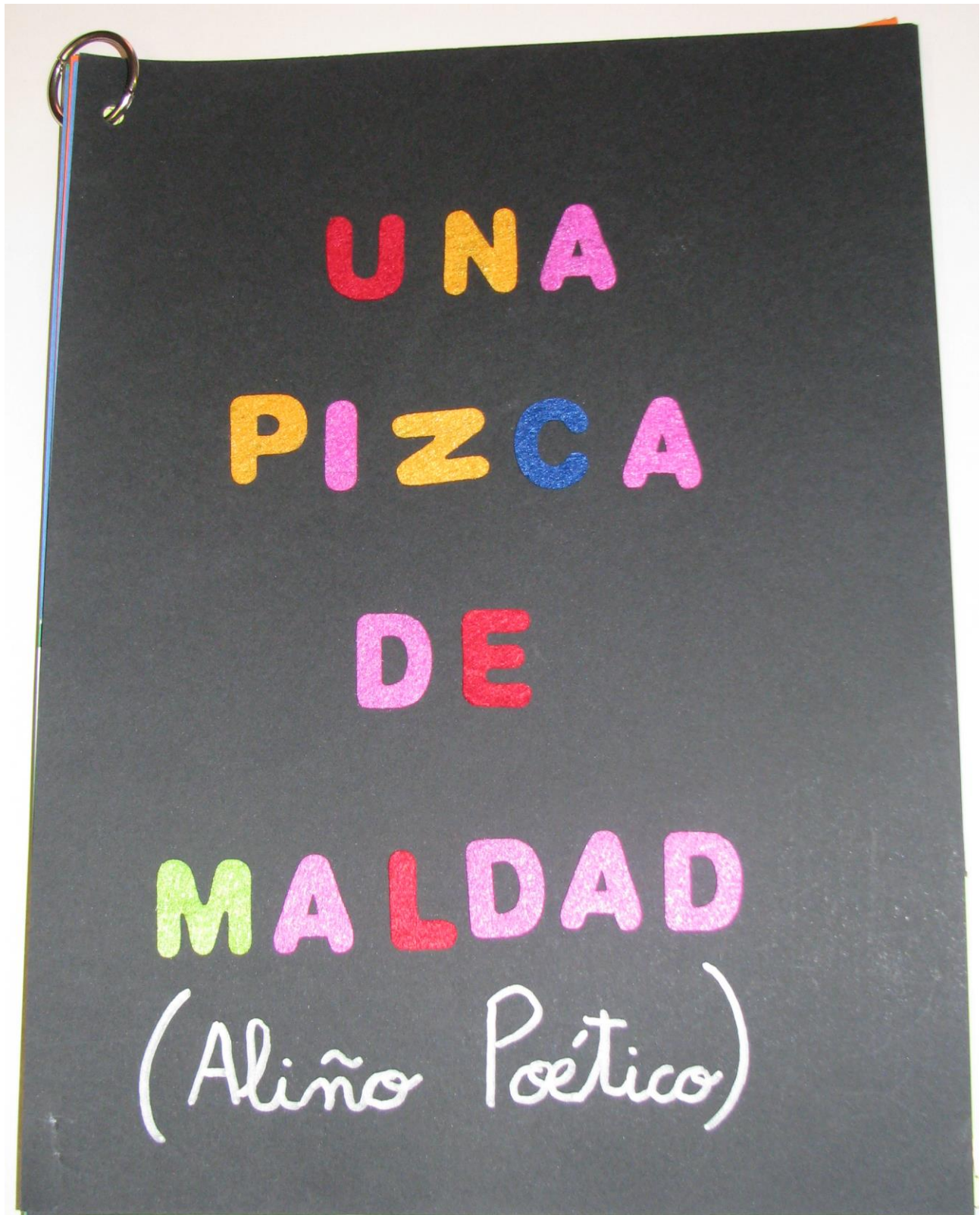
Esta es la historia
de un castillo de papel,
¿quieres que te
la cuente otra vez?

CATEGORÍA CLASE

Premio Categoría Clase

Título: Una pizca de maldad

Autores: 6º A del CEIP Alcázar y Serrano. Tutora, Teresa Sánchez Arnedo





El demonio
malo, malo
en el infierno convierte
a los vivos en muertos.



El fantasma
en el castillo
transparente, transparente
asusta a la gente.

Los ladrones
en el banco
torpes, torpes
son pillados

Los lobos
feroces, feroces
en una montaña
aullan a la luna.



El vampiro
sangriento sangriento
en su castillo
transforma su cuerpo en
un ser ardiente

El coco
en su madriguera
loco, loco
come cocos

El pirata
en su barco
cojo, cojo
tiene piojos.

La madrastra
en su castillo
mala, mala
mata niños.



CATEGORÍA D

Primer Premio Narrativa

Título: La llorona

Autora: Ana Esteve Torres

La leyenda de la llorona habla sobre una chica mexicana felizmente casada con un colono inglés del que engendra dos hijos. Ésta, tras ser abandonada por otra chica inglesa de la que su marido se había encaprichado, lleva a sus hijos al río y llena de rabia los ahoga. Tras recuperar la cordura grita de dolor y se suicida al no poder con la culpabilidad que siente. Se dice que ahora su espíritu vaga por las calles de la ciudad de México las noches de luna llena sollozando y lamentándose. También se dice que hipnotiza a los caballeros perdidos con una falsa imagen de belleza, los lleva hasta el pantano y ahí les muestra su verdadero rostro, matándolos del susto y/o ahogándolos. Una forma de notar la presencia de la llorona es la niebla espesa que aparece cuando esta cerca...

Paras de escribir, ¿Qué tontería es esta? Realmente no sabes de que serviría esto para la clase de literatura, pero tus compañeros insistieron en que querían hacer algo por el día de los muertos. Así que tu profesora, como la señora desagradable que es, nos puso a copiar su leyenda favorita.

Tu nombre es Alejandra, tienes 14 años, vives en la ciudad de México y esto de las historias de fantasmas te parece una total pérdida de tiempo. Eres la rarita de la clase. No lo suficientemente fea para que te molesten por ello, pero no lo suficientemente guapa para que las populares te fichen solo por tu cara bonita. No tan amable como para tener una cantidad considerable de amigos, pero no tan borde como para que nadie se te quiera acercar. A veces desearías tener más amigos y anhelas el día en el que no te tiemblen la voz y las piernas cada vez que intentas hablar con una chica guapa. Tus únicos amigos son Pedro y Andrés, dos chicos de tu edad que desgraciadamente viven en otra ciudad.

Suena el timbre y recoges tus cosas, pero antes de irte te despides de Carmen, una chica de tu clase parecida a ti que te cae muy bien. Sales del instituto sola y caminas a tu casa sola, como de costumbre. Observando a las chicas que pasan por tu lado y escuchándolas hablar sobre sus planes para esta tarde. Tus planes para esta tarde son pasar el día con tus amigos, que vendrán alrededor de las 8, cenaran en tu casa, saldréis por la noche a pasear como hacéis todos los años el día de los muertos y se quedaran a dormir en tu casa.

Llegas por fin a tu casa. Saludas a tus padres y comes tranquila y lentamente como sueles hacer para luego encerrarte en tu cuarto a hacer los deberes. Pasado un tiempo empiezas a navegar en internet y te entretienes con unos cuantos videos graciosos y leyendo algún que otro webcomic. Hablando de webcomics, hace mucho tiempo que empezaste uno y nunca continuaste, piensas que sería entretenido seguirlo cuando se vayan Andrés y Pedro, así que te lo anotas en un papelito y lo pegas en tu pared.

A eso de las ocho y cuarto llegan tus amigos y os dais vuestro tan deseado abrazo en grupo, indispensable e inevitable en vuestros encuentros, para luego de eso empezar a hablar todos sin parar sobre lo mucho que os echabais de menos. Llevas preparándote varios meses una confesión muy importante para ti que ellos deben saber como tus mejores amigos, pero esperaras a estar en la calle para decírselo. Que tus padres lo oigan puede traer consecuencias terribles para tu ya baja autoestima.

Después de dos horas que te han parecido días os dejan salir de tu casa, y aunque estas decidida a contárselo ya, decides aplazarlo para mas tarde, porque ahora mismo estas mucho más nerviosa de lo que pensabas que ibas a estar.

De hecho, ponerte nerviosa te distrae tanto que pierdes de vista a tus amigos.

Estás histérica ahora mismo, no los encuentras por ninguna parte y la niebla que hace esa noche no te deja ver con claridad. Te hace sentir un poco mal haberlos perdido de esa forma y que no se hayan dado cuenta de que no estabas con ellos cuando se perdieron. Gritas sus nombres por la calle, desesperada por encontrarlos y maldiciendo vivir en una ciudad tan grande. Ahora te duele la garganta y te estás quedando sin voz, genial. Consideras la opción de preguntar a la gente y miras a tu alrededor buscando a alguien que te pueda ayudar.

Te acabas de dar cuenta. ¡No has visto a nadie desde que has salido de tu casa! ¡¿Cómo es posible que las calles estén vacías un día como este?! Sientes que estas al borde de un ataque de ansiedad, tus ojos se humedecen y cuando estas a punto de empezar a llorar como una loca, todo se calma. Un silencio absoluto inunda la calle en la que te encuentras. Puedes notar como la niebla te acaricia suavemente haciendo que todos los músculos de tu cuerpo se relajen.

Involuntariamente levantas la cabeza y la ves. Al final de la calle, vestida con un precioso vestido blanco brillante, el pelo liso y largo, negro como la noche y un elegante velo bordado que le tapa la cara. Empiezas a caminar hacia ella. No la puedes ver, pero aun así piensas que es la chica más hermosa que has visto en tu vida. Su belleza te ciega tanto que no te das cuenta que detrás de ella hay una entrada a un pantano que no debería estar ahí.

La sigues por horas. Cada vez te acercas mas a ella hasta el punto que sientes que rozas sus labios por encima del velo.

De repente la oyes decir con un hilo de voz

“¿Dónde están mis hijos?”

“¿Qué?” Respondes aturdida.

La chica se quita el velo. Vuelves a sentir la ansiedad de antes. La atmosfera a cambiado totalmente. El rostro de la chica se vuelve horrible y esta desfigurado.

“¡¿DÓNDE ESTÁN MIS HIJOS?!”

Se oye un golpe seco y todo se vuelve oscuro.

“¡AAAAAY MIS HIJOS!”

El caso de la desaparición de Alejandra Gómez fue archivada por falta de pruebas y se la dio por muerta

La única de su clase que lloro fue Carmen. Desolada en su cuarto. Nunca se atrevió a acercarse a ella. Nunca confesó sus sentimientos. Ahora ya era demasiado tarde.

CATEGORÍA D

Segundo Premio Narrativa

Título: Una carta sin destinatario

Autora: Inés Lillo Manchón

Hay tantas cosas que te querría contar que realmente no sé por dónde empezar.

Además me resulta extraño hacerlo porque pienso que nunca vas a leerlo.

A lo largo de este tiempo mi orientador me ha insistido en múltiples ocasiones que te escribiera, ya que según me dice iba a serme de gran ayuda emocional.

El hecho de decidirme a hacerlo ocurrió hace un par de días, algo que ni he contado a mamá, te prometo que al final de esta carta te lo cuento.

Papá, han transcurrido 18 meses de tu funeral y ahora comienzo a duras penas a entrelazar pequeños retazos que guardaba en mi memoria. Hasta hace poco no recordaba más que el aire frío azotándome la cara, agarrándome de la cintura de mamá y suplicando que aquella montaña te devolviese.

Aquel día sentía que mi corazón no iba a aguantar lo que la vida me estaba haciendo pasar, sentía que la tristeza me devoraba por dentro, no sé cómo pudo mi cuerpo sobrevivir a todo aquello y digo mi cuerpo porque yo dejé de estar en él. Toda mi vida se tornó en abandono.

Las dos semanas después de tu entierro mamá y yo no hablábamos. Era un dolor incomprendido y quizá por esa razón no conseguíamos articular conversación alguna. Llorábamos a solas para evitar provocarnos mayor dolor.

Por las noches mamá venía a mi cama a darme un beso y cada vez que entraba me anticipaba para secarme las lágrimas y de esa forma poder hacerme la dormida.

Durante mes y medio dejé de ir al colegio, no podía ver pasar el mundo como si nada hubiese ocurrido, simplemente no acertaba a comprenderlo, ¡qué frío es el mundo! Ni siente ni se compadece de los demás. Se me hacía terrible vivir, realmente lo que se me hacía difícil era llevar una vida en continuo fingimiento.

Mamá me llevó a un orientador, que es tu antiguo compañero Julio. Me ha ayudado mucho durante este tiempo a poder aceptar y aflorar todo el dolor que albergaba en mi inconsciente.

Un día mientras mamá y yo estábamos sentadas en la mesa, tuve la valentía de por primera vez mirarla a la cara, su rostro reflejaba dolor, aquella lividez mezclada con aquellas arrugas, surcaban un cuerpo ya sin vida, quedé aterrorizada y pude sentir que su dolor estaba siendo mayor que el mío.

El único consuelo que tuve fue lo que mamá me dijo desde el primer día: “El papá ha muerto haciendo lo que más le gustaba, que era el alpinismo.”

Mamá siempre dijo que una parte de tu alma se la había robado la montaña, esa parte era salvaje y primitiva, pero aún así mamá lo aceptó y te quiso y te sigue queriendo con locura.

Bueno papá lo prometido es deuda, creo que ha llegado el momento de desvelar la verdadera causa, la cual me ha llevado a escribirte. Antes de nada, te siento más cerca que nunca y he vuelto a recobrar la vitalidad que siempre me ha caracterizado, gracias a ti, al mejor padre que hay en el mundo, aquel que nunca me falla, aquel que nunca me abandona.

Anteanoche soñé contigo, recuerdo con meridiana claridad todo el sueño.

Soñé que nos mirábamos y nos cogíamos de las manos, mientras dábamos pequeños saltitos en derredor, como un baile orquestado por mutuo acuerdo, tu mirada era diáfana, limpia y muy alegre. Nunca me había sentido tan reconfortada y aliviada.

Al despertarme, volví a cerrar los ojos para intentar atrapar un poquito más de aquel tesoro caído del cielo. Era una sensación totalmente sublime, hasta algo de mi ser me

decía que eso no pertenecía a este mundo.

Cuando abrí los ojos solo pude sonreír a Dios como muestra de agradecimiento.

Mi sorpresa llegó cuando al incorporarme de la cama, pude ver sobre mi mesita de noche un corazón bordado, el mismo que te había regalado años antes en el día del padre, sentí una gran confusión, seguida rápidamente de rabia por no poder discernir lo que acababa de ocurrir, sentí que el universo entero había conspirado en todo esto.

Rápidamente me fui a la Comisaría de Policía, donde has trabajado tantos años.

Me recibió Julio muy amablemente y se sinceró conmigo como nunca antes los había hecho, me dijo que no podía contármelo todo, pero que no me preocupara, que las cosas estaban llevando su curso. Nos fundimos en un infinito abrazo. Rompí a llorar.

Me dijo que ante todo nunca perdiera la Fe y la Esperanza.

No pude resignarme a preguntarle lo más obvio: ¿mi padre está vivo?

Me dijo a modo de pregunta: ¿tú padre te ha fallado alguna vez? El llanto me cortó el habla, no le contesté, pero en ese momento me di cuenta de que tú sigues con mamá y conmigo. Ya no sufro tú ausencia porque nunca he sentido tú presencia de forma tan intensa. Y estés donde Dios disponga y quiera que estés, no olvides que te quiero con locura.

Sé que algún día volveré a lanzarme a tus brazos, y volveremos a recordar todos nuestros días juntos.

Esta carta se la daré a Julio, en este momento creo que es la persona más cercana a ti.

Aunque aún queda un tema por resolver, no sé cómo contarle todo esto a mamá.

Tú hija que te quiere, hasta pronto papá.

CATEGORÍA D

Premio Poesía

Título: Mi mundo

Autor: Ángel Carrión Serrano

Mi mundo perfecto,
calmado siempre es.
Sin precio ni defecto,
mundo que deseé tener.

Mi mundo soñado,
transmite mi amor.
Nunca ha conservado
ni dolor ni rencor.

Mi mundo magnífico,
siempre lo será.
Es muy pacífico,
ningún problema tendrá.

Mi mundo brillante,
iluminado por la luna,
es un bonito diamante
causante de mi locura.

Y este es mi mundo,
libre de problemas.
En sus playas me hundo
y doy fin a este poema.

CATEGORÍA E

Primer Premio Narrativa

Título: Invisibles

Autora: Carla López de Zamora Pagán

El bar olía a tabaco y, cuando entrabas, nubes de humo se arremolinaban a tu alrededor y nublaban la vista. Julia se encontraba en la barra apurando su café, con sus diecisiete inviernos en vena, mientras un hombre a su lado leía el periódico, enfrascado en un traje viejo, pero elegante. De fondo, se oía la voz chillona de una radio mal sintonizada, las voces de los clientes habituales y el traqueteo de vasos y platos tras la barra, donde reinaba Fernando, el dueño de toda la vida, empapado de sudor.

Julia tenía la mirada perdida en su larga y oscura falda, remendada por ella misma en ciertas partes, pues había sido heredada de su hermana mayor cuando ésta la había dejado atrás al mudarse con su marido, pese a ser tan solo un año mayor que ella. A Julia, el matrimonio se le antojaba como una prisión, tal y como el servicio militar al que eran obligados a asistir los jóvenes hombres del país; solo que para ellas, las mujeres, duraba toda una vida. Su madre, sus abuelos e incluso el párroco de la Iglesia de su barrio ejercían una constante presión sobre ella por su soltería, pues tal y como ellos decían: *“El mayor logro para una mujer es formar una familia, sino, solo serás una fracasada. Búscate un buen marido, aunque con esos terribles modales te deseo suerte. Pobre del que caiga en tus redes.”*

Había escuchado ese romanceo desde que era niña, y el ejemplo de su hermana María, una joven perfecta, casada y dedicada completamente a su familia y a la Iglesia, no hacía más que empeorar la situación.

La puerta se abrió de golpe, haciendo tintinear unas campanillas que colgaban del techo. Nadie perdió un segundo en girarse a mirar, pues decenas de personas cruzaban esa puerta diariamente, en sus descansos, aprovechando al máximo sus únicos minutos libres de su ajetreada vida en la ciudad. Ni siquiera Julia le dio importancia, embaucada en terminar los deberes de la escuela femenina a la que asistía, hasta que un par de pantalones tomaron asiento en el taburete contiguo al suyo y una voz suave pidió un café a la vez que encendía un cigarrillo.

Al instante sintió admiración por la mujer que tenía al lado: no era socialmente bien visto que una chica llevase pantalones, pero ella conseguía hacerlo como si fuese la cosa más natural del mundo. Su pelo, negro como el azabache, estaba recogido en un elegante moño del que escapaban unos rebeldes mechones, y sus ojos eran de un azul, oscuro como un mar durante la tempestad.

Descubrió, tras unos segundos de ensimismamiento, que la chica la estaba mirando, divertida.

- ¿Ocurre algo?- Preguntó, y su voz sonó como el susurro de un amante, grave y dulce a la vez.
- Lo...lo siento. Es tan solo que... no se suele ver gente...- Intentó hablar Julia, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta, haciéndola enrojecer.
- ¿Qué vista así? – Rió.- Es mucho más práctico que esas pesadas faldas. Deberías probarlo.
- Mi madre me mataría. – Murmuró la otra, más para sí misma, sintiéndose completamente vulnerable ante la vibrante presencia de esa chica desconocida.
- Me llamo Rebeca.
- Julia. ¿Acabas de mudarte? Nunca te había visto por aquí. -Rebeca le sacaba a penas tres años, no le habría pasado desapercibida si sus miradas se hubiesen encontrado antes.

- Vivo en Lavapiés. Tuve un pequeño incidente con mi anterior bar de confianza, resulta que les prohíben la entrada a las mujeres libres.
- Ah. – Fue su única respuesta, pues la afirmación le había dejado sin palabras. Los bombardeos habían cesado años antes, pero jamás había pisado la zona por miedo a la devastación. A decir verdad, creía que Madrid jamás se recuperaría de la guerra. – Lo siento, debería irme o llegaré tarde a clase. Encantada de conocerte.

Le pareció distinguir un ápice de diversión en los ojos de ella mientras le daba dos besos. Su cuello desprendía un ligero aroma a jazmín que la acompañó hasta la misma estrada de la escuela, donde la asaltaron sus amigas con sus comunes cotilleos y grititos juveniles. Su mente, en cambio, voló muy lejos durante la terrible clase de la Señora Martínez sobre la correcta educación de los hijos, y lo siguió haciendo hasta el fin de la soporífera jornada.

Se desvió de su camino a casa para intentar despejar su cabeza con un agradable paseo por el parque, y casi consiguió ordenar sus pensamientos hasta que una tormenta con forma de mujer le devolvió el caos. Acurrucada en un banco estaba leyendo Rebeca, hermosa como una estatua griega, con un suave sol de mayo acariciando su piel. No pudo más que acercarse, intentado que no la notase en vano, pues esta enseguida la reconoció y le dedicó una burbujeante sonrisa que le obligó a tomar asiento junto a ella. Una suave conversación fluyó toda la tarde, las risas parecieron apagar el mundo que las rodeaba y se descubrieron a ellas mismas a solas en el parque, la noche oscureciendo el lugar. El silencio les acompañó de camino a casa, no un silencio incómodo sino uno de esos que se producen cuando la situación es tan idílica que ni te atreves ni a respirar por miedo de que la burbuja estalle.

Julia se dejó caer sobre el raquítico colchón con el estómago rugiendo tras la escasa cena. Se sentía perdida, pero a la vez más feliz de lo que había sido en su vida. El problema es que también estaba lo más sola que había estado nunca.

Ahora, consiguió descifrar de su interior en las semanas consiguientes, guardaba un secreto que, como una horrible cicatriz, la separaba de todos los valores que se le habían inculcado desde que se descubrió su sexo tras el parto que estuvo a punto de llevarse la vida de su madre.

Rebeca la recibió en su casa vistiendo nada más que un camisón de fina tela blanca. Con esa vestimenta, parecía un ángel caído del cielo. Pero Julia sabía, que bajo esa apariencia etérea, habitaba un huracán. Sus labios acogieron los de la menor en un beso furtivo y prohibido, tan dulce que sería capaz de romper el corazón de cualquiera. Y a la vez, tan moralmente erróneo. Su familia, la Iglesia de la que era fiel, sus amigos e incluso su propio país le darían la espalda si el íntimo secreto que compartían salía a la luz. Las mujeres eran invisibles, se daba cuenta con impotencia, en un país en el que solo eran destinadas al cuidado de los hombres. Ni siquiera estaba castigado su pecado al contrario del de los hombres homosexuales, no existían. Dudaba, incluso, que hubiese más como ellas. Lo único cuya veracidad conocía era lo que rugía en su interior, el amor que sentía por la piel que en ese instante estaba acariciando, haciendo que sus dedos se fundiesen con el tacto.

La parte impuesta de su consciencia le hacía sentirse asqueada de ella misma, pero sus latidos no podían negar lo que ella ya sospechaba: jamás sería capaz de amar a otra persona.

El mundo pareció caerse a pedazos cuando volvió a su casa aquella noche, con la barriga hormigueando de felicidad. Sobre el diván se encontraba sentado Diego, hijo de un viejo amigo de la familia, con un ramo de escuálidas flores en una mano y una cajita aterciopelada en la otra, vistiendo con un terrible resultado un traje oscuro y su

característico bigote bien peinado y su pelo, que empezaba a volverse cano, engrasado en un intento de domar sus rizos.

Su mirada huyó rápidamente a la de su madre, de negro de la cabeza a los pies como un cuervo, el papel de trágica viuda del que no se había desprendido desde la muerte de su marido; que la miraba triunfante.

- Querida, que bien que hayas llegado. – Le dijo cuando el denso aire que inundaba la habitación y el terrible silencio se volvieron insoportables para los tres, en un tono agradable que nunca usaba con ella. – El señorito Herrero – aunque Julia sabía que tenía bien pasados los treinta- me ha estado comentando una propuesta muy interesante. Lo hemos hablado y, dadas las circunstancias, creo que será lo mejor para nosotras, quiero decir, para ti. Ha llegado a mis oídos que habéis estado pasando tiempo juntos últimamente.

Tiempo juntos eran los minutos de un café que había compartido con él por pura cortesía semanas atrás.

Sentía que mis piernas serían incapaces de sostener mi peso una vez que la boca de Diego pronunciase lo que temía que iba a decir. Y sus sospechas se confirmaron tras un gutural carraspeo:

- Julia, preciosa. – El cumplido le sentó como una patada en el estómago. – Te conozco desde que eras una cría, nuestras familias son amigas desde hace muchísimos años. – Empezó a descargar su ensayado discurso.- Creo que es un buen momento para llevar esa relación un paso más allá. Me gustaría que te casases conmigo. – Le extendió el ramo y la caja abierta mostrando un simple anillo de plata.

Ni siquiera se había dignado a mentir y decirle que la amaba. Una relación entre familias, como si ella fuese nada más que un triste regalo. No, no, no, no podía aceptarlo. No después de todo lo que había sucedido en el último mes. No después de Rebeca. Una vez había abierto los ojos, no podía permitirse volver a cerrarlos.

- Diego, yo...- Su voz sonó rota mientras trataba de frenar las lágrimas que se peleaban por desbordar sus ojos. - Es todo un honor, y es una propuesta excelente, pero... Necesito pensarlo. Es una decisión importante para la que creo que no estoy preparada todavía.

Los enormes pies del hombre dieron una zancada y sus manos se apoyaron pesadamente en los hombros de la chica.

- No te agobies, sé que puede sonar precipitado. Pero así podrás por fin dejar la escuela y formar una familia, ¿no es eso lo que quieres?

Se limitó a morderse el labio, aterrorizada de lo que pudiese salir de su boca si la abría.

Se excusó ante la desaprobadora mirada de su madre y se retiró a su diminuta habitación.

Dejó descargar las lágrimas hasta que su cara quedó llena de restos de sal seca, rumiando hasta enloquecer la situación. Su familia estaba pasando por un mal momento pese a las apariencias de burguesía que su madre se esforzaba por mantener.

Pero los estómagos de ellas y los dos gemelos, sus hermanos pequeños, se acostaban todas las noches casi vacíos, sus cuerpos envueltos en hojas de periódico porque la leña para la estufa les era impagable. Los Herrero no eran ricos, pero tenían suficiente dinero como para darles una vida decente, y sabía que ese era el móvil de su madre para fomentar esta unión. La decisión era esa: su vida, o la de su familia.

Consiguió escabullirse de la casa y se desplomó llorando en la puerta de su amante tras tocar el timbre. Cuando la otra le obligó a recomponerse y le sirvió una copa de vino, las palabras escaparon de su boca como una bandada de pájaros a los que se les abría la puerta de su jaula.

Sin saber cómo, ambas acabaron asomadas al balcón, las estrellas plagaban el cielo sobre sus cabezas y, bajo sus pies, automóviles recorrían ruidosos las desiertas calles. Bebieron hasta perder el control, y se hicieron promesas de soñadoras que se sabían

incapaces de cumplir. Volver a casa le parecía una traición, no hacerlo más aún. Pero era incapaz de estar sola, así que pasó su primera noche durmiendo con Rebeca, con el corazón hecho añicos.

La mañana parecía intentar darle una luz nueva a su destino pues el sol se deslizaba a través de las cortinas llenando la habitación de destellos dorados. Pero sobre Julia se ceñía una nube negra. Besó el cuerpo junto al que había dormido, revuelto entre las sábanas y, sin despertarlo, salió del apartamento.

Consiguió reunir el valor suficiente para tocar a la puerta de su casa, donde le recibió su madre con una cara que asustaría hasta al más valiente. Agarrándola de la camisa, la forzó a sentarse y comenzó a hablarle con su severa voz:

- ¡Eres una insensata! ¿Cómo te atreves a irte con ese amante la misma noche que se te propone matrimonio? Eres una egoísta, nada más que una niñaata.
¡Necesitamos ese dinero! No volverás a verte con ese hombre, quienquiera que sea!– Una fuerte bofetada le giró la cara.

Si ella supiera dónde había pasado en realidad la noche su hija...

- Madre, déjelo. He tomado mi decisión. – Tomó todo el aire que sus pulmones fueron capaces de contener.- Voy a casarme.

Sabía que estaba actuando en contra de ella misma. Sabía la vida que le esperaba, esposada para siempre a una casa a la que no pertenecía, dejándose morir lentamente mientras su amor, del que ni siquiera se había dignado de despedirse más que en susurros mientras ella seguía durmiendo, se encontraba a mundos de distancia, aunque tal vez sus miradas se cruzasen, un día cualquiera, a la hora del café, en el habitual bar de la esquina.

CATEGORÍA E

Segundo Premio Narrativa

Título: Una prodigiosa invención

Autor: Francisco Javier López Villanueva

Imagínate por un momento un mundo militar, donde no exista la comunicación entre humanos de distinta raza y la guerra sea la única manera posible para expresar el desacuerdo, ese es mi mundo. Hace 47 años toda la vida humana existente se vio sometida a participar en una gran guerra donde esas eran las reglas. Pero voy a dejar de contaros calamidades y os voy a contar mi historia, a veces feliz y otras veces triste, pero una historia al fin y al cabo. Mi nombre es Javi y tengo 15 años. Tengo todo lo necesario para vivir y permitirme ser feliz: un lugar donde vivir y una buena familia. Pero yo deseo una cosa más, conocer. Conocer el mundo, sus lenguas, su historia... Desgraciadamente, todo eso es imposible, al ser humano solo le importan sus opiniones y deseos y es capaz de hacer cualquier cosa para conseguirlos. Este fue el motivo por el que la guerra comenzó, ¡la gente se había vuelto tan egoísta y codiciosa que era incapaz de comunicarse para conseguir un acuerdo! Ellos solo perseguían sus objetivos sin importarles los medios a los que tuviesen que recurrir para alcanzarlos. ¿Que cuáles eran esos objetivos? Sí eso es lo que deseas saber de esta historia, deja de leer porque nunca lo contaré, eso no importa. Pero si quieres descubrir el verdadero final permanece conmigo, porque puede que te guste mucho.

Como todos los días, yo solo iba caminando por la calle tratando de avistar cualquier ataque enemigo posible para avisar a mi pueblo en caso de peligro. De repente, mi pie chocó con algo entre los escombros de un viejo instituto y caí al suelo. Cuando me levanté vislumbré en el suelo una extraña caja rectangular con forma de muñeco de nieve de madera. Decidí sacarla de allí pues parecía valiosa y pude aprender más sobre ese curioso objeto, tenía un agujero totalmente circular que dejaba ver el interior de la caja y poseía al final de esta un pequeño mástil donde iban enganchadas 6 cuerdas que descendían, atravesando el pequeño agujero circular, hasta la caja la cual también sostenía las cuerdas. Froté suavemente mi mano por las cuerdas y un agradable sonido resonó en el aire. Decidí llevarme ese objeto que, repentinamente, se había vuelto en algo muy valioso para mí aunque desconocía la razón. Día tras día salía a la calle con ese instrumento sin que lo vieran mis padres y me alejaba de la ciudad para poder aprender más sobre él. ¡Incluso llegué a descubrir nuevos y distintos sonidos conforme apoyaba ligeramente mis dedos sobre las distintas cuerdas que atravesaban el pequeño mástil! Aquel arte me iba gustando cada vez más y, tras varias semanas, llegó el día en el que decidí contarles a mis padres, llamados Laura y David, mi secreto. Pero ellos no lo vieron con buenos ojos.

-¿Solo sirve para hacer ruido?! –contestó mi padre.

-¿Cómo nos ayudaría eso a ganar la guerra?! –me reprochó mi madre.

-¡No todo consiste en la guerra! –les dije decepcionado-. Al menos dejadme conservarlo. Las guardias por la ciudad son muy aburridas...

Afortunadamente consintieron que lo conservase tras revisar treinta y siete veces que no contuviese ningún localizador, bomba o dispositivo espía en su interior.

Pasaron los meses y la ciudad parecía seguir totalmente igual pero no era así. La guerra

se acercaba cada vez más y más a nuestra ciudad y la gente comenzaba a salvaguardarse en lugares bajo tierra y a reunir todas las provisiones que fueran posibles. Yo, mientras tanto, había aprovechado aquel instrumento, del cual descubrí gracias a la persona más anciana del pueblo que se llamaba guitarra, para liberar todas mis tensiones y preocupaciones. ¡Aquello era increíble! Incluso decidí contarles a mis padres mis nuevos descubrimientos sobre ese curioso objeto.

-¡Papá! ¡Mamá! ¡He descubierto que el objeto que encontré hace unos meses se llama guitarra! –grité entusiasmado mientras les mostraba la guitarra.

-¿Sí hijo? ¡Qué bien! –dijo mi padre, pero su voz sonaba más apagada que antes.

-¿Qué ocurre? –expresé preocupado.

-Es tu madre... -dijo preocupado mi padre -. Debe ir a pelear en la guerra.

Mi rostro se fue volviendo cada vez más triste y, sin saber ni cómo ni por qué, comencé a liberar toda mi tristeza y pena a través de una melodía que había estado tocando en la guitarra varias semanas, pues ésta expresaba firmemente como me sentía. En cuanto el primer sonido hizo eco en el aire mi padre se levantó para arrebatarme la guitarra, pensaría que estaba burlándose de la situación, pero mi madre le detuvo.

-Posiblemente estos sean los últimos días con vosotros, y no quiero discusiones.

Mi padre se frenó en seco y mi madre abrió los ojos como platos cuando la melodía fue resonando por todos los rincones de mi pequeño hogar. Aquella melodía... ¡La entendían! ¡Y les hacía sentir todo lo que yo quería transmitir! Y entonces, las últimas notas fueron tocadas y provocaron un silencio súbito. Mi madre sonreía mientras le caía una pequeña lágrima por la mejilla y mi padre se había quedado quieto. Entonces hablé.

-¡¿Veis?! ¡Podemos comunicarnos con los otros humanos! ¡Podemos detener la guerra! – salté entusiasmado.

De repente, mis padres comenzaron a reír al unísono.

-¡No seas tonto Javi! La única manera de ser escuchado es ganar la guerra –afirmó mi padre.

-Pondré todo mi esfuerzo para que podamos ganar la guerra. ¡Entonces sí que iban a callarse todos para escuchar los ruidos de mi alocado hijo! –ironizó mi madre mientras se reía.

-Pero si vosotros lo habéis entendido... ¿por qué ellos...? –de repente fui interrumpido por mi padre.

-¡Porque no! ¡Ellos... no son como tú y yo o como todos los que están en nuestro bando!
-¡No todo consiste en ganar y llevar la razón! ¡No es necesario masacrar a la gente para ser escuchado! –alcé el tono.

-¡¿Acaso has estado viviendo más tiempo que yo?! ¡No sabes nada de la vida! ¡¿Cómo nos vamos a comunicar entonces?! ¡¿Mediante ruidos?! ¡Solo hay una única manera, pelear! –dijo muy enfadado él.

-¿Os habéis preguntado siquiera por qué ya no somos capaces de hablar ni entre humanos? -esta pregunta formó un silencio en el aire-. Todos podemos ser felices si llegamos a un acuerdo, es muy triste que entre seres de un mismo tipo no seamos capaces de hablar. ¡Explicadme cómo es posible que tengamos problemas de comunicación entre nosotros mismos! –le contesté con rabia a mi padre.

Un silencio abrupto se formó en el aire. Entonces, mi padre, muy enfadado, señaló la puerta de nuestro hogar, obligándome a irme a la calle. Yo me fui resignado y enfadado, habíamos encontrado después de tantos años una manera para poder ser escuchados y hablar tras de todos los estragos que habían provocado nuestros problemas de comunicación y se negaban a verlo. Entonces recordé que me había dejado mi guitarra en casa y decidí ir a por ella para poder desahogarme.

Cuando entré a mi casa comenzaron a brotar mil lágrimas que descendían con furia por mis mejillas. La guitarra estaba en el suelo, rota y en pedazos. Mi padre y mi madre me miraron resignados. Yo solo cogí todos los pequeños trozos de la guitarra y salí corriendo de mi casa, alejándome lo máximo posible de ella. A pesar de que la guitarra estaba destrozada las cuerdas seguían intactas. Decidí llevar la guitarra, que ahora se encontraba exactamente igual que cualquier edificio u objeto masacrado por la guerra, a quien me reveló qué era aquel objeto, a la persona más anciana y sabia del pueblo, Soledad. Pero entre todas las lágrimas que habían brotado como un manantial de mis ojos no pude vislumbrar los aviones de guerra que se acercaba, acechantes y peligrosos, a la ciudad.

Cuando llegué a su casa la anciana Soledad se echó las manos a la cabeza.

-¿Cómo has permitido que hagan esto? –dijo ella.

-Yo... Yo... -no supe explicarle todo.

-Da igual... No te preocupes... ¡Yo lo repararé!

-Usted... ¿Sabe cómo funciona? – le pregunté sorprendido.

-¡Pues claro! Pero debes darme unos minutos y te haré el mejor arreglo posible antes de que lleguen –dijo Soledad preocupada.

-¿Qué llegue quién? –pregunté confundido.

-¡El frente de guerra enemigo! ¡¿No los has visto?!

Me asomé a la calle y vi como una poderosa multitud de soldados y aviones estaban entrando en la ciudad para masacrarlo todo.

-¡Repárala rápido! ¡Debemos tratar de detenerlos!

-Estamos perdidos jovencito... Nuestro ejército no llegará a tiempo para defendernos...

-Pero podemos tratar de hablar con ellos –contesté decidido.

Soledad se quedó asombrada tras comprender lo que pretendía hacer y entonces

comenzó a trabajar lo más rápido que pudo para arreglar la guitarra lo antes posible.

Diez minutos más tarde Soledad había terminado de reparar la guitarra. A pesar de que solo había usado pegamento para unir las pequeñas piezas el instrumento parecía nuevo y estable. Lo agarré mientras le daba las gracias a Soledad y corrí rápidamente hacia el frente enemigo antes de que comenzasen a masacrar la ciudad.

Me situé bastantes metros alejado de ellos y comencé a transmitirles mi melodía a la cual había llamado como “Una prodigiosa invención”, en honor a la guitarra. Al principio, varios soldados comenzaron a apuntarme con sus armas pero, de repente, su general hizo un gesto para que todos bajaran las armas y, según entendí yo, les comunicó a los aviones en un extraño idioma que se detuviesen. La melodía comenzó a sonar en el aire y los soldados, extrañados, se preguntaban que objeto era aquel para poder liberar tan bello sonido en un mundo donde ya solo se escuchaba el eco de las bombas. Uno tras otro comenzaba a acercarse para escuchar mejor la melodía, transmitía un sentimiento triste, pero cargado de esperanza. Todos habían dejado su orgullo a un lado por un momento y se habían detenido a escuchar lo que un pequeño niño de 15 años pensaba de todo aquello. ¡Era increíble! ¡Nunca nadie había escuchado un sonido tan bello como aquel! ¡Incluso la gente del pueblo comenzó a salir de sus escondites y hogares para escuchar la música! Entonces todos comenzaron a hablar:

-¿Por qué tenemos que pelear para conseguir los deseos de un señor que no conocemos? –decían unos.

-¡Qué bonito es poder compartir un mismo gusto en común y escuchar los gustos de otros! –decían.

-¡Ese niño está loco! ¡Es un brujo! –decía alguna persona. Aunque más tarde estas comenzaron a entender lo que ocurría realmente.

Los soldados habían soltado sus armas para detenerse a escuchar los sentimientos de mi pueblo, ¡los cuales eran exactamente iguales a los suyos! Y, poco a poco, la guerra comenzó a detener su avance y todos, a través de distintos medios, poder escucharse unos a otros a la vez que eran escuchados.

CATEGORÍA E

Premio Poesía

Título: Dícese

Autor: Carlos Díaz Calatayud

Dícese de un cofre nunca abierto
Roma con desventuras por su frente
Que por nada nado en oscuro ente
Por el baño de Helios nunca cubierto

Dícese de un mal puesto diente
Aunque en dientes más apuestos es cierto
Que Luz les dejó boquiabiertos
Por boca dentada tan sonriente

Dícese de lujuria ponderada
Es querer y no poder olvidarte
Es poder y no quererte olvidada

Dícese de otoñal estandarte
Constelación en lugar de mirada
La que me hace volver para mirarte

Entender el poema:

1º verso: Metáfora, cofre = corazón

2º verso: Se puede tomar literal o Anagrama, Roma = amor; desventuras por su frente = des-venturas – des-amor

3º verso: Nada ha pasado y nado en oscuro ente = vago en oscuro mundo

4º verso: Helios es el dios griego del Sol; Metáfora, verso= el ente del verso anterior
nunca ha sido bañado por la luz del Sol.

5º Un diente mal puesto duele como el desamor

6º, 7º y 8º Quiere decir que la luz les sonríe a las personas más guapas o se puede tomar Luz como un nombre y que quiera decir que las personas más guapas conquistan a más personas.

12º Metáfora, Estandarte = cabello

CATEGORÍA ESPECIAL

Premio Narrativa

Título: Un día en Benarés (Varanasi)

Autor: Juan Tecles Sánchez

Son las seis de la mañana y el despertador biológico —no dispongo, ni falta que me hace, de un aparato convencional que me diga a la hora que tengo que ponerme en *modo on*— me alerta de que ha llegado el momento de interrumpir el descanso y conectarnos con el mundo de los activos para comenzar una nueva jornada que nos llevará a descubrir, y seguramente gozar, de una ciudad hasta ahora desconocida para nosotros.

Estamos disfrutando de unos días de holganza —que al final del periplo resultarían ser mas duros y estresantes que los habituales del trabajo cotidiano— en una ciudad emblemática, sobre todo para el mundo que abraza la religión hinduista, donde la tradición dice que el dios Shiva echó los restos en los momentos de su fundación. Esa ciudad no es otra que Benarés —Varanasi, en la lengua hindi—, donde se rezuma espiritualidad por doquier, repleta de innumerables templos centenarios y poblada por una gran diversidad de gentes variopintas, tanto por sus vestimentas como por su aspecto físico, que le otorgan unas características propias e incomparables a cualquier otro lugar de los que ya hemos visitado y conocido hasta ahora en nuestro viaje.

El *Sanctasanctórum*, el epicentro donde se manifiesta en todo su esplendor esa multiplicidad de peculiaridades, de rasgos distintivos que la hacen única, se localiza en las orillas del río sagrado que le da la vida: el Ganges, jalonado en su ribera por un centenar de *ghats* cuyas escalinatas dan acceso a las zonas dedicadas a las abluciones, en las que los fieles persiguen purificar sus pecados, y a las plataformas crematorias, donde los vivos incineran a los traspasados en una representación fantasmagórica del último acto del teatro de sus vidas terrenales.

De un salto abandono el lecho que me ha permitido un descanso merecido después del ajetreado día de ayer y una vez acicalado convenientemente, junto a mi buen compañero de viajes y mi inseparable mochila, nos dirigimos al lugar en el que previamente habíamos concertado con un *guía* local. Caminamos por la todavía despejada ciudad, bajo una luminosidad incipiente, hasta llegar al lugar acordado y allí estaba esperándonos haciendo gala de una puntualidad exquisita —supongo que fruto de secuelas reminiscentes del colonialismo británico—, sentado sobre la borda de una pequeña embarcación de madera sin ningún motor que pudiera perturbar la paz que se respira a la orilla de un río calmado donde sus aguas parecen sufrir un alto grado de contaminación pero que, sin embargo, a los propios usuarios les parece, además de sagrado, puro.

Cuando me acerco a la silueta recortada que se atisba en la penumbra del amanecer descubro a una persona distinta a la que habíamos contratado el paseo el día anterior. Es un muchacho joven, de color aceitunado, escaso en estatura, delgado pero fibroso, con el pelo negro azabache, lacio y brillante, acabado en un flequillo sobre la frente; cejijunto y de ojos más oscuros, si cabe, que su cabello. Su penetrante mirada, precursora de un gesto de su mano, nos invita a subir sobre lo que según mi criterio aparenta ser un inseguro bote. Sin mediar más palabras que las justas de los saludos de cortesía, nos encaramamos sobre la inestable pieza de museo, que a pesar de ello, flota, y a fuerza de remadas tranquilas, pausadas, pero rítmicas y constantes, el barbilampiño barquero va

accediendo hacia el interior del río donde podemos apreciar una cantidad ingente de desechos de todo tipo que se desplazan rápidamente por su superficie; incluidos los hinchados cadáveres de las vacas, que por su condición de sagradas son echadas al río después de su muerte. No tuvimos la oportunidad, y me alegro de ello, de ver como flotan también libremente en este río sagrado los cuerpos sin vida de niños recién nacidos, de mujeres embarazadas, de leprosos, o cualquiera que muera como consecuencia de una mordedura de cobra. Todos ellos están exentos de pasar por el proceso de la incineración y autorizados a que sean lanzados directamente a las aguas del río, amarrados a un lastre que los hunda en el fondo, aunque es bastante habitual que salgan a flote y recorran la orilla con toda naturalidad mientras que los fieles practican la purificación de sus cuerpos y sus almas.

Nos deslizamos a favor de la corriente acompañados solamente por el leve chapoteo que origina el contacto de los remos sobre la superficie del agua, cuando ya el sol comienza a desperezarse en el marco de un horizonte multicolor, obsequiándonos con sus primeros rayos de vida que dan inicio a un nuevo amanecer. Mientras tanto, como un singular hormiguero, miles de creyentes se mueven por todas partes, oran o cantan, entran y salen de las orillas del río sagrado por excelencia, donde unos creyentes intentan purificar sus culpas y otros, los que ya han finiquitado su paso por la vida, pretenden beneficiarse de la generosidad de los dioses aligerando su propio ciclo de reencarnaciones.

Todo este ritual, cotidiano para ellos, convertido para los visitantes como nosotros en un *espectáculo* entre místico e intemporal, me incita a tomar la cámara y plasmar en ella lo que para mí ya está en los archivos de mi memoria. Justo en ese instante el *guía*, agarrado a los remos que no deja de mover, me dirige una mirada reprobatoria y entonces recuerdo lo que nos advirtieron ayer, en un castellano de infinitivos, cuando concretamos este recorrido: «Tú no poder usar cámara de fotos cuando ir en barca. Si alguien ver que fotografiar, ellos enfadar mucho, quitar cámara y romper en suelo con pie». A pesar de ello, la ocasión es muy especial y me atrevo a pedirle, con una mirada de súplica, que haga *la vista gorda*, y mientras él gira la cabeza hacia el otro lado resignado y confiando conseguir una suculenta propina por su negligente actitud, yo aprovecho para tomar unas interesantes instantáneas que ocuparán, sin duda, un lugar preponderante en el álbum del viaje. Envueltos por un continuo murmullo de respetuoso silencio seguimos disfrutando de la belleza de un inmenso y explosivo mosaico de colores en movimiento que, como una marabunta humana, cubre las escalinatas de toda la orilla y cuyo origen está en la diversidad de vivas y vistosas tonalidades en las sedas de sus indumentarias —los Saris para las mujeres y los Dhotis para los hombres— y en el conjunto de los tornasolados edificios que, como un gran telón de fondo, enmarcan el maravilloso espectáculo. Continuamos navegando con calma río abajo, aproximadamente durante una corta hora, acompañados de unas cuantas embarcaciones con turistas como nosotros y escoltados por otras que cumplen la función de tiendas flotantes en las cuales te puedes abastecer de algún que otro recuerdo y, el barquero, con la misma suavidad con la que comenzamos el viaje, busca la orilla y se arrima a un rústico embarcadero donde echamos pie a tierra para dar por finalizado el enriquecedor recorrido.

Despedimos a nuestro acompañante y nos dedicamos a consumir las siguientes horas visitando templos solemnes y vagando por una ciudad repleta de gentes activas que pululan por sus calles; grupos en procesión camino de un *ghat* que canturrean oraciones

mientras transportan las parihuelas en las que yace el cadáver de un familiar; niños que juegan y quedan boquiabiertos cuando escuchan sus propias voces y risas en la reproducción de una grabación que les registramos previamente; un tráfico rodado donde coches, autobuses, motos, rickshaw o tuk-tuk, bicicletas o cualquier otro medio de transporte, siempre súper ocupados, a velocidades endiabladas y con un fondo musical de miles de bocinas que suenan por doquier, configurando un entramado circulatorio que, para nosotros, occidentales, podríamos considerarlo como caótico pero que los oriundos tienen totalmente asumido y controlado. Y entre toda esta anarquía urbana: las omnipresentes vacas, cuyo rol de *sagradas* les otorga el beneplácito del respeto y la veneración de todos, permitiéndoles, además, deambular entre el gentío y el tráfico sin ningún impedimento ni cortapisa. Si una vaca se para en medio de la calle; el tráfico se detiene hasta que el venerado animal decida reanudar la marcha. Si se tumba en medio de la acera; los peatones la rodean y siguen su camino sin molestarla.

Llegado el momento, cansados de patear la ciudad y de soportar el agobiante calor, nuestros estómagos nos hacen saber que es la hora de reponer fuerzas y para hacer realidad esa súplica vital decidimos comer algo en un típico puesto callejero de los muchos que hay repartidos a lo largo y ancho del país. Nos decidimos por dos *Samosas* y dos *Pakorás* para cada uno de nuestros estómagos famélicos, servidas en sendas hojas de platanero; muy picantes, pero riquísimas.

Ya entrada la tarde, mientras observamos plácidamente como el sol da carpetazo a la luminosidad del sofocante día mientras se esconde tras un purpúreo horizonte, apoyados sobre una baranda con vistas al sempiterno río y a las múltiples *ghats*, con sus hogueras-crematorios en plena actividad, se nos acerca un benefactor del turista descarriado y nos ofrece —cosa inhabitual e impensable para un viajero— la posibilidad de bajar hasta uno de ellos donde poder vivir de cerca la sagrada ceremonia de la cremación de un cadáver. Nuestro asombro y escepticismo ante la propuesta, en principio, nos hace tomar el ofrecimiento como una broma pero el nuevo *guía* nos asegura que la proposición va en serio, lo cual hace que nuestra sorpresa inicial se torne en una oportunidad ilusionante y única. Negociamos con él la cantidad que nos va a costar este privilegio y tras llegar a un acuerdo emprendemos el camino escalones abajo. La noche ya está presente. Mientras nos desplazamos con cierta reticencia y cargados de mucho respeto, saltando sobre siluetas recortadas en las sombras de cuerpos inertes envueltos por telas blancas con apariencia de momias que esperan su turno para ser incinerados en presencia de quienes fueron sus seres queridos, las aguas oscuras y tranquilas del Río Sagrado reflejan el fuego trémulo de las hogueras permitiendo que mis ojos sean testigo de una postal única e impresionante que he retenido para siempre en los registros de mi memoria —en esta ocasión, por razones obvias, aunque me habría gustado, no me atreví a desenfundar la cámara fotográfica—. Seguimos superando escalones a la estela del casual cicerone, intentando salvar los obstáculos inanimados que los ocupan, hasta que llegamos a la plataforma donde se está procediendo al ritual de la cremación. Si antes, según descendíamos por la escalinata, el hedor en el ambiente de la carne quemada agredía el sentido quisquilloso de mi olfato occidental, ahora, justo al lado de la pira, la sensación es insufrible; inconveniente que no parece importar a ninguno de los que comparten la liturgia mientras giran y salmodian alrededor de la crepitante y fantasmagórica silueta de la falla humana sin que, aparentemente, les afecte en lo más mínimo. Me hago una reflexión: «seguramente es una cuestión de costumbres».

Desde aquí, junto al cadáver que se está quemando, quien con este último acto consume su paso por esta vida terrenal en cumplimiento de lo que son sus propias creencias, observo a mi alrededor como unos niños, portadores de sendas latas de hojalata con un alambre como asidero, recorren los restos de las piras que ya han acabado con el sacro proceso, a la espera de un próximo *cliente*, para llenarlos con las ascuas que todavía persisten en su ignición y que sus padres utilizarán más tarde como preciado combustible gratuito en los fogones de sus hogares. En las inmediaciones, un perro famélico merodea el lugar, quién sabe con qué intencionalidad, y es entonces cuando decidimos que el momento de dar por finalizada la experiencia ha llegado. Le hago una indicación a nuestro *valedor* en este tétrico acto y comenzamos a desandar las empinadas escaleras hasta ganar la calle. Pago con gusto y en demasía la deuda contraída por los servicios prestados, porque la experiencia vivida lo ha valido con creces, y con las expectativas del día más que cumplidas regresamos a nuestro humilde hotel mientras nuestras pituitarias no dejan de recordarnos durante el trayecto el espectáculo que acabamos de presenciar. Una sensación que persistiría hasta varios días después y que todavía sigo experimentando cada vez que el recuerdo de esta secuencia inolvidable del viaje vuelve a mi memoria.

CATEGORÍA ESPECIAL

Premio Poesía

Título: La penúltima estación

Autor: Valentín García Valledor

“Es la vida un adiós con estaciones”

(Orlando Fresedo, ‘Soneto’)

1

En esta jornada lluviosa,
mi alma se resiente
navegando por antiguos pasajes.

¡Hay tanta soledad temblorosa
en el ambiente,
tanta melancolía en los paisajes!

A merced de los cielos
quedan apresados
mis tristes ojos viajeros.

Y desde mi soledad anhelo
aquellos años pasados
sin apenas nubes ni aguaceros.

2

Transcurre el tiempo del viaje
mientras se añoran
su amable voz y su sonrisa.

Y al abrir los equipajes
de la memoria,
perduran imágenes precisas.

Son esos amables recuerdos
los que me invaden
con su insistente presencia.

Y trato de huir y me pierdo
en sus bondades,
porque me apresa su ausencia.

3

Veo mi reflejo en el cristal
y, más lejos,
la veo a Ella expectante.

En su mirada inmortal
reconozco el reflejo
de gentes, lugares e instantes.

Desde mi desamparo percibo
como se derrama
una intensa añoranza.

Y siento que mis ojos esquivos
vierten mil lágrimas
sobre este tren de desesperanza.

4

Sin importar mi historia,
la máquina del mundo
continúa su curso inexorable.

Y no hallo escapatoria,
tan sólo seguir un rumbo
salpicado de paradas impensables.

¡Porque no hay vuelta atrás
a mi honda aflicción
tras su amarga y súbita partida!

Porque la vida, sin más,
me lleva sin remisión
en su inapelable viaje de ida.

[In memoriam de mi esposa, tras su partida]

Organiza:



**M.I. Ayuntamiento
de Caudete.**

Biblioteca Pública Municipal "Ana María Matute"

Colaboran:

Concejalía de Juventud
Colegio Publico "Alcázar y Serrano"
Colegio Público "El Paseo"
Colegio Público "Gloria Fuertes"
Colegio "Amor de Dios"
I.E.S. "Pintor Rafael Requena"
A.M.P.A.S.